

*PERÚ Y CHILE
HISTORIA DE UNA CONQUISTA*

Investigadores:

Erasmus de Alfonso,
Francisco José Barrau,
Edurne Pérez-Yarza,
Ramón Muntané,
Santiago Raventós,
Blanca Rodríguez

Supervisió

Dr. Xavier Baró Queralt
Departament d'Humanitats,
Facultat d'Humanitats
UIC

1-INTRODUCCION



En el mes de abril del año del Señor de 1493, sus majestades los Reyes Católicos recibieron en Barcelona al almirante Cristóbal Colón a su regreso de las Indias. El cronista Francisco López de Gomara describe así este encuentro.

“Presentó a los reyes el oro y las cosas que traía del otro mundo; y ellos y cuantos estaban delante mucho se maravillaron en ver que todo aquello, excepto el oro, era nuevo como la tierra donde nacía. Loaron los papagayos, por ser de muy hermosos colores: unos muy

verdes, otros muy colorados, otros amarillos, con treinta pintas de diversa color; y pocos de ellos parecían a los que de otras partes se traen. Las hutias o conejos eran pequeños, orejas y cola de ratón, y el color gris. Probaron el ají, especia de los indios, que les quemó la lengua, y las batatas, que son raíces dulces, y los gallipavos, que son mejores que pavos y gallinas. Maravilláronse que no hubiese trigo allá, sino que todos comiesen pan de aquel maíz. Lo que más miraron fue los hombres, que traían cercillos de oro en las orejas y en las narices, que ni fuesen blancos, ni negros, ni loros, sino como triciados o membrillos cochos. Los seis indios se bautizaron, que los otros no llegaron vivos a la corte; y el rey, la reina y el príncipe don Juan, su hijo, fueron los padrinos, por autorizar con sus personas el santo bautismo de Cristo en aquellos primeros cristianos de las Indias y Nuevo Mundo”

A pesar de las dificultades de comunicación por aquel entonces, tanto en la península como en el resto de Europa, la noticia del descubrimiento de nuevas tierras se expandió con rapidez y por supuesto se fabuló acerca de las riquezas que tenían los nuevos territorios allende los mares.

Eran tiempos convulsos para España afectada por la rendición de Boabdil en Granada que puso fin a la Reconquista española de Al-Andalus con en consiguiente desgaste de hombres y dineros.

Ese mismo año murió Lorenzo de Medici “el Magnífico”, poniendo fin a la Paz de Lodi en la península Itálica, y caen las ciudades estados italianas que hasta el momento habían mantenido el equilibrio y obligando a Reino de Aragón a destinar más fondos ante una posible agresión en algunos de sus territorios.

También en 1492, España expulsa de la península todos los judíos, error, pues estos en parte financiaban el reino a cambio de tranquilidad.



La instrucción en la península era muy deficiente, al punto que los Reyes Católicos influyeron en los miembros de la corte para que se dedicaran al estudio de las letras y para que mantuvieran un comportamiento correspondiente a su clase. Aun así, se estima que más del 60% de este estamento social no sabía leer y o lo hacía con mucha dificultad.

En el pueblo llano, burgueses, artesanos, vasallos, o militares esta proporción era infinitamente mayor.

En este entorno las posibilidades de progresar eran más bien escasas, por los que la idea de “hacerse rico en los nuevos territorios” germinó en campo bien abonado en muchos hombres de armas.

Ratificado por los Reyes Católicos y luego por Carlos V, Colon primero y otros Almirantes después lo que prometían era la posibilidad de ganar fortuna, gloria y, fundamentalmente, mercedes capaces de poner fin a un presente poco promisorio. La conquista del nuevo mundo ponía de manifiesto las infinitas posibilidades que se ofrecían a aquellos hombres que buscaban superar una condición social que en la península hubiera sido infranqueable. Si bien para muchos de los protagonistas significó un medio eficaz para el ascenso o la promoción social, para otros significó el perdón de deudas monetarias o de sangre.

Este, salvo honrosas excepciones son los hombres que van al descubrimiento y conquista de Chile y Perú y entrelazaran sus andanzas entre una y otra región.

Es por esto que en este trabajo nos hemos tenido que ceñir sólo a los hechos acontecidos durante el siglo XVI y a los personajes fundacionales de las capitales del Virreynato del Perú y del Reino de Chile y a otros pocos que de forma significativa intervinieron e hicieron posible la conquista de los nuevos territorios en nombre de la Corona de España.



PERU Y CHILE: HISTORIA DE UNA CONQUISTA



Mapamundi dibujado por el cosmógrafo y cartógrafo portugués, Diego Ribero, a comienzos del S XVI en el que se ve que aún no se conoce el detalle de la cartografía de Perú, Ecuador y Chile

CONQUISTA DEL PERU

Tras años de arduas exploraciones y con el beneplácito de Carlos I, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, dos veteranos conquistadores, emprendieron la invasión y conquista del Perú, el más extenso, poderoso y rico imperio precolombino, el de los incas, una sociedad compleja de grandes constructores que todavía unos años antes se encontraba en fase expansiva, pero que, en vísperas de la conquista, se hallaba sumida en una guerra intestina entre dos hijos del último emperador inca, Atahualpa y Huáscar.



"Los trece de Pizarro", óleo sobre tela de Juan Bautista Lepiani

No fue tanto la superioridad de las armas europeas como la crisis que vivía el Imperio inca lo que propició que un puñado de aventureros, muchos de ellos sin experiencia en conflictos fuera del viejo continente, doblegasen a un Estado capaz de movilizar a decenas de miles de guerreros. La sorprendente victoria hispánica en Cajamarca el 16 de noviembre de 1532, que se saldó con la captura de Atahualpa, fue solo el primer episodio de la conquista del Perú. Cuatro años más tarde en 1536, los incas estuvieron a punto de exterminar a los conquistadores, cuando se rebelaron bajo el liderazgo de Manco Inca, hermano de Atahualpa y de Huáscar. La amenaza del inca, atrincherado en Vilcabamba tras el fracaso de su asedio sobre Cuzco, no fue óbice para que Pizarro y Almagro una vez más enzarzasen en una agria disputa por el botín que marcaría el inicio de una década de guerras civiles, primero entre los conquistadores y luego entre estos y los leales a la Corona, que se cobrarían la vida de sus principales protagonistas. La conquista y pacificación del Perú fue un largo proceso que se desarrolló desde el primer contacto por parte de Francisco Pizarro y sus huestes con el inca Atahualpa en 1532 hasta la definitiva organización institucional que muchos historiadores atribuyen al quinto virrey peruano, don Francisco de Toledo (1569-1581) que establecería definitivamente la arquitectura organizativa del virreinato.



LA FUNDACIÓN DE LIMA

FRANCISCO PIZARRO GONZÁLEZ (Trujillo, Castilla, 1478 – Lima, 1541)



Francisco Pizarro
Óleo anónimo, Museo de Lima

Hijo natural del capitán de los tercios españoles Gonzalo Pizarro, llamado el "El Largo", que luchó en Granada y en Italia y de Francisca González Mateos criada de su tía Beatriz Pizarro. Se conserva la partida de bautismo y allí se le consigna como Francisco González, con el apellido de la madre. No llevó el apellido de su padre hasta los 12 años.

Se crio cerca de Trujillo, con su madre y sus abuelos maternos, campesinos y roperos. Nunca destacó por su interés en la cultura, no aprendió a leer ni escribir, por lo que fue obligado a cuidar cerdos. Se cuenta que a los pocos años los animales a su cuidado contrajeron una grave enfermedad y, por temor a ser culpado, escapó a Sevilla con

tan solo quince años.

De carácter osado, pendenciero y brabucón, a los diecisiete años se enrola en los Tercios y luchó junto al Gran Capitán y aprendió la ciencia militar y en 1502, tras su vuelta a España, embarcó junto a fray Nicolás de Ovando que partía como gobernador a la isla de la Española. Más adelante se unirá al grupo comendado por Alonso de Ojeda y ya en el continente participa en la fundación de las villas de San Sebastián y Santa María de la Antigua en lo que hoy es Colombia

En 1513 inició junto a Vasco Núñez de Balboa un difícil y largo recorrido por el Istmo de Panamá hasta llegar al descubrimiento del Océano Pacífico y formando parte del grupo que fundaría la ciudad de Panamá.

Los siguientes años participó en diferentes expediciones que recorrieron parte de las costas y las islas del mar del Sur (denominación que recibió el océano Pacífico) buscando oro y perlas. En el año 1519 Francisco Pizarro formó parte del grupo que fundó la ciudad de Panamá, recibiendo a las orillas del río Chagres las tierras que le correspondían como poblador, donde llegó a ser regidor y alcalde.

De 1519 a 1523 fue encomendero y alcalde de Panamá. Existen discrepancias sobre el estado de la fortuna de Pizarro durante su estancia en Panamá. Sólo hay un único cronista que afirma que la situación económica de Pizarro y Almagro era holgada. Sin embargo Quintana y Mendiburu, que mucho estudiaron sobre la vida de los conquistadores, aseguran que Pizarro era uno de los moradores de Panamá menos acaudalados, y cuando llegó el caso de la famosa contrata para descubrir el Perú, no pudo poner otra cosa que su industria personal y su experiencia.



Se instala en Choachama en el golfo de San Miguel donde conoce y Hernando de Luque y a Pascual de Andagoya. Estos le hablan de unas tierras que los indígenas llaman “Birú” que al parecer tiene riquezas nunca antes vistas.

Recibe al capitán Diego de Almagro, que había salido en su busca y le cuentan de estas tierras y acuerdan que Almagro regresaría a Panamá para conseguir más hombres y pertrechos y volver a encontrarse con el fin de emprender un viaje hacia el sur a la búsqueda de Birú.

LOS SOCIOS DE LA CONQUISTA

Pizarro se asoció con Diego de Almagro y el sacerdote Hernando de Luque, un hombre letrado y muy influyente, y se reparten las responsabilidades de la expedición con el objetivo de ir a conquistar este rico el Imperio que se encontraba hacia el sur, territorio del que tenían vagas noticias. Pizarro la capitanearía, Almagro se encargaría de la intendencia y Luque estaría al cargo de las finanzas y de la provisión de ayuda. Existen noticias de un cuarto asociado, el licenciado Espinosa, que no quiso figurar oficialmente y que habría sido el financiador principal de las expediciones hacia el Perú.

A finales de septiembre de 1526, cuando habían transcurrido dos años de viajes hacia el sur afrontando toda clase de inclemencias y calamidades, llegaron extenuados a la isla del Gallo, en la bahía de Tumaco, actual sur de Colombia en la costa del Pacífico. El descontento entre los soldados era muy grande; llevaban varios años pasando calamidades sin conseguir ningún resultado. Pizarro intenta convencer a sus hombres para que sigan adelante; sin embargo, la mayoría de sus huestes quiere desertar y regresar. Allí se produce la acción extrema de Pizarro, de trazar una raya en el suelo de la isla obligando a decidir a sus hombres entre seguir o no en la expedición descubridora. Sobre la escena que se vivió en la isla del Gallo, luego de que Juan Tafur le transmitiera la orden del gobernador Pedro de los Ríos, nos la cuenta el historiador José Antonio del Busto:

“El trujillano no se dejó ganar por la pasión y, desenvainando su espada, avanzó con ella desnuda hasta sus hombres. Se detuvo frente a ellos, los miró a todos y evitándose una arenga larga se limitó a decir, al tiempo que, según posteriores testimonios, trazaba con el arma una raya sobre la arena:



Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere.



Un silencio de muerte rubricó las palabras Pizarro, pero pasados los primeros instantes de la duda, tan sólo trece valientes cruzaron la raya, los llamados Trece de la Fama.

Que fueron: Bartolomé Ruiz, Pedro Alcón, Alonso Briceño, Pedro de Candia, Antonio Carrión, Francisco de Cuéllar, García Jerén, Alonso de Molina, Martín Paz, Cristóbal de Peralta, Nicolás de Rivera (el viejo), Domingo de Soraluce y Juan de la Torre.

Pizarro y sus trece hombres esperaron cinco meses en la Isla del Gallo hasta que llegaron desde Panamá los refuerzos enviados por Diego de Almagro y Hernando de Luque, al mando de Bartolomé Ruiz. El navío encontró a Pizarro y los suyos en la isla de la Gorgona, hambrientos y acosados por los indios. Ese mismo día, Pizarro ordenó zarpar hacia el sur. Pizarro no fue ni el primero ni el único que intentó la conquista del Perú.

Dos años antes, en 1522, Pascual de Andagoya había intentado la aventura pero su expedición terminó en un estrepitoso fracaso. Sin embargo, las noticias de la existencia de “Birú” y de sus enormes riquezas en oro y plata influyeron sin duda en el ánimo de los asociados y pudieron haber sido decisivas en la toma de decisión para acometer la empresa. Pero con la Capitulación de Toledo de 1529, firmada por Isabel de Portugal con la autoridad del rey Carlos I, se concedieron los derechos de dominio sobre la zona de Perú explorada hasta ese entonces correspondiendo a Pizarro el territorios que iba desde el río de Santiago (río de Tempula o Cayapas) en el norte de Ecuador, hasta el Cuzco.

Con este tratado en la mano en 1532 Pizarro vuelve a Panamá para zarpar ahora hacia el sur con 180 soldados, desembarcando cerca de Tumbes, en lo que ahora es la frontera norte del Perú. Éste, entonces formaba parte del Imperio inca llamado Tahuantinsuyo, que se extendía desde Colombia hasta Chile con una población aproximada de 12 millones de personas, compuesta por varias etnias diferentes.

Los incas tenían una leyenda sobre que un día el dios Viracocha regresaría desde la tierra del sol poniente, una deidad que según ellos vestía de oro y plata, con barba blanca y ojos verdes, y que se había ido a través del océano Pacífico para volver en tiempos de gran necesidad. Los nativos norteños vieron la llegada de los españoles que tenían características semejantes a las de Viracocha, narradas en su leyenda. Los indios tayanés le comunicaron a Atahualpa que los españoles eran dioses, dada su piel blanca, sus barbas, sus brillantes armaduras y que habían venido en grandes naves desde el océano Pacífico. Atahualpa creyó el origen mitológico de los conquistadores y lo tomó como buen presagio en ánimos de acabar con la guerra civil en que estaban sumidos él y su hermano Huáscar por la sucesión del imperio emperador Tahuantinsuyo a la muerte del Inca Huayna Cápac, muerto por viruela. Pizarro, por intermedio de un emisario muy próximo a Atahualpa, fue invitado a encontrarse en la fortaleza inca de



Huáscar penúltimo príncipe inca del Tahuantinsuyo (1525-1532).



Atahualpa príncipe inca del Tahuantinsuyo (1525-1532).

Cajamarca. El emisario se encontró con los españoles en Cajas y además de llevarles regalos (patos desollados, vasijas en forma de fortaleza, etc.) midió las fuerzas de los españoles y les invitó a continuar su marcha por el valle del Chancay, cerca del pueblo de Chongoyape hasta Cajamarca para entrevistarse con Atahualpa. Pizarro aceptó y envió al Inca como regalo una fina camisa de Holanda y dos copas de vidrio. Así, se adentró en territorio inca con 168 soldados y 37 caballos, y se dirigió a Cajamarca. Los españoles, al llegar a los núcleos incas, vieron que se trataba de una civilización avanzada, con sistemas de irrigación, una rica cultura y un ejército poderoso. Al llegar a la fortaleza de Cajamarca la encontraron casi vacía, y la exploraron inquietos temiendo una emboscada. Sin embargo, Atahualpa se encontraba en un manantial cercano con su hermana y sin preocuparse en absoluto por la presencia de los españoles.

Pizarro deseaba hablar con Atahualpa, por lo que envió emisarios. El encuentro que tuvo lugar entre el rey y los enviados de Pizarro

fue muy tenso. Atahualpa y sus hombres vistieron sus mejores galas en el recibimiento y tenía una pose muy seria. Los incas nunca habían visto caballos, de modo que los españoles decidieron permanecer en sus monturas y encabritarlos y hacerlos relinchar en presencia del monarca inca. Atahualpa respondió bebiendo del cráneo de un prisionero ejecutado.

Posteriormente, ofreció copas de oro a los españoles, de las que ellos bebieron. Finalmente, prometió ir a Cajamarca al día siguiente a entrevistarse con Pizarro. Los exploradores habían contado al menos 30.000 guerreros incas, por lo que iniciar una conquista militar sería imposible. La noche del 16 de noviembre de 1532 los españoles rezaron pensando que sería la última vez. A la mañana siguiente los españoles se prepararon para la batalla y se escondieron en un patio a esperar. Posteriormente, vinieron miles de soldados incas desarmados y los rodearon. Luego, vino un desfile de cientos de sirvientes limpiando el camino para el paso del rey Atahualpa, que iba subido en un trono de oro rodeado de sus líderes. Entonces el capellán de los españoles se acercó al trono con una cruz y una biblia, y pidió al rey que se retractara de sus creencias paganas y aceptara el bautismo y la autoridad del rey de España Carlos I.

Atahualpa tomó la Biblia, la examinó sin entender nada de lo que ponía y la arrojó al suelo, lo que fue interpretado como una blasfemia por los españoles y Pizarro ordenó abrir fuego.



*Atahualpa rechaza la biblia
Biblioteca de Lima*



Los españoles posteriormente sacaron sus espadas, iniciaron una matanza y tomaron prisionero a Atahualpa. Este fue confinado en una sala de Cajamarca con sus tres esposas y se le dejaba seguir conduciendo sus asuntos de gobierno. Pizarro, además, hizo que el inca Atahualpa aprendiera el idioma español y le hizo aprender a leer y a escribir. De esta forma, fue posible comunicarse con el rey inca, que le informaba de sitios donde había oro. Además, jugaba partidas de juegos de mesa con el rey indígena. Pizarro emprendía con sus hombres exploraciones en busca del preciado metal. En una de ellas llegaron a encontrarse con la fortaleza de Sacsayhuamán, donde grupos de incas se resistían a los españoles. Los españoles atacaron la fortaleza y la conquistaron.

En sus expediciones los españoles encontraron desiertos, salinas e incluso hacia el Este, llegaron a explorar la selva del Amazonas. Para crear un vínculo más cercano, Atahualpa ofreció a Pizarro a su hermana favorita en matrimonio. Quispe Sisa (Inés Huaylas Yupanqui) era hija del emperador inca Huayna Cápac. El conquistador la hizo bautizar como Inés Huaylas y tuvo dos hijos con ella: una primera hija a la que llamó como su padre, Francisca Pizarro Yupanqui, y Gonzalo, que murió joven. Pizarro mantuvo una estrecha alianza con la nobleza del Cuzco, partidaria de Huáscar, lo que le permitió completar la conquista del Perú. Atahualpa propuso a Pizarro a cambio de su libertad, llenar la habitación donde se encontraba preso, el conocido como Cuarto del Rescate, dos veces, una con oro y otra con plata, lo que Pizarro aceptó. Los súbditos trajeron oro a lomos de llamas durante tres meses hacia Cajamarca de todas las partes del reino para salvar su vida. Finalmente lograron reunirse 84 toneladas de oro y 164 de plata. Francisco Pizarro ordenó la ejecución de Atahualpa, mientras estuvo prisionero. A pesar de haber recibido el rescate más alto de la historia, lo mandó ajusticiar la noche del 26 de julio de 1533 por los delitos de sublevación, poligamia, adoración de falsos ídolos y por haber ordenado ejecutar a Huáscar. Además, se

creía que había mandado un ejército para luchar contra los españoles desde el sur hacia el norte comandado por el general Calcuchimac. Se le ofreció ser quemado vivo o convertirse al cristianismo y ser estrangulado, y eligió el estrangulamiento. Fue estrangulado en el poste, después de que el sacerdote lo bautizara dándole el nombre cristiano de Francisco. Esa noche miles de súbditos de Atahualpa se suicidaron para seguir a su señor al otro mundo.

El 18 de enero de 1535 fundó en la costa la Ciudad de los Reyes, pronto conocida como Lima, y la ciudad de Trujillo, con lo



"Fundación de Lima".

Óleo sobre tela de José Effrón (1845-1920)

Museo Nacional de Antropología, Arqueología e Historia del Perú.



que se inició la colonización efectiva de los territorios conquistados. Mientras tanto, su hermano Hernando Pizarro, que había partido de regreso a España para entregar el Quinto del Rey a la corona, regresó portando el título de marqués para su hermano Francisco, y el de Adelantado para Almagro, al cual se le habían concedido 200 leguas al sur del territorio atribuido a Pizarro.

Diego de Almagro, instigador como siempre, considerando que el Cuzco estaba dentro de su jurisdicción destituyó a Juan Pizarro y lo encarceló junto a su hermano Gonzalo. Francisco acudió desde Lima y firmó un acuerdo con Almagro en Cuzco, obligándole a ir hacia el sur, hacia Chile. A la vuelta de una infructuosa expedición, Almagro trata de ocupar de nuevo el Cuzco, el cual, defendido por su regidor Hernando Pizarro, estaba resistiendo un largo cerco por parte de los incas sublevados al mando de Manco Inca, que había conseguido huir de los españoles. Mientras tanto Pizarro en Lima sufrió también el cerco de dicha ciudad por parte de Quizu Yupanqui, general y pariente de Manco Inca, quien tras estar a punto de tomar la capital pereció en la batalla. La victoria de Pizarro en Lima se debió a su estratégica alianza con los señores étnicos enemigos de los incas. En este caso en particular destacó la alianza con la cacique de Huaylas. Estos acudieron a Lima con cinco mil hombres, quienes pelearon junto a los españoles en la defensa de Lima frente al cerco y ataque de Quizu Yupanqui. Tras la llegada de Almagro al Cuzco, Manco Inca levantó el cerco, lo que aprovechó Almagro para encarcelar a los hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro. Tras derrotar al lugarteniente de Pizarro, Alonso de Alvarado, en la Rota de Abanday, llega a un nuevo acuerdo con Pizarro en Mala (1537), por el que Hernando es puesto en libertad. La paz fue corta y ambos bandos volvieron a enfrentarse en la batalla de las Salinas (1538), cerca de Cuzco. Los almagristas fueron derrotados y Diego de Almagro encarcelado, tiempo después fue condenado a muerte y ejecutado por Hernando Pizarro sin la autorización de su hermano Francisco, en la Plaza Mayor de Cuzco (8 de julio de 1538). Tras la muerte de Almagro, Pizarro se dedicó a consolidar la colonia y a fomentar las actividades colonizadoras, enviando a su hermano Gonzalo a Quito y a Pedro de Valdivia a Chile.

Los partidarios de Almagro se agruparon en torno a su hijo Almagro el Mozo, con el fin de acabar con el gobierno de Pizarro amenazando con matarlo. Los doce almagristas, comandados por Juan de Rada iniciaron un complot con el que se abastecieron de armas. La mañana del domingo 26 de junio de 1541, enterado de que su vida corría peligro, Pizarro no salió a la misa dominical de la Catedral y la oyó en su casa. Luego de la misa, los almagristas lo buscaron en la catedral, y después cruzaron la plaza en dirección al palacio del Marqués Gobernador gritando: "Viva el Rey, muera el tirano". Pizarro, quien se encontraba almorzando con un grupo de amigos, logró ser advertido con poco tiempo de que el grupo estaba a las puertas de su residencia, por lo que dejó el comedor y pasó a armarse a su dormitorio. Cuando regresó al comedor, sus invitados ya habían huido y solo quedaban su medio hermano, Francisco Martín de Alcántara, Gómez de Luna y los pajes Tordoya y Vargas.



El historiador José Antonio del Busto relata la escena del asesinato de Pizarro: *Los asesinos, a cuyo frente venía Juan de Rada, subieron la escalera y hallaron en su puerta abierta a Francisco de Chaves, quien tenía la orden de mantenerla cerrada. Suprimiendo todo diálogo, lo mataron de una estocada y penetraron al comedor. El viejo Marqués, salió al encuentro de los intrusos con la espada desenvainada, reuniéndose con sus cuatro leales compañeros y dirigiéndose de modo particular a su hermano para decirle: ¡A ellos, hermano, que nosotros nos bastamos para estos traidores!*

Los doce almagristas se limitaron a mantenerse en guardia, gritándole con ira y odio: ¡Traidor! La lucha se entabló sin ninguna ventaja para los de Chile. Al tiempo que luchaba, Pizarro enrostraba a sus atacantes. Había tomado el primer puesto en la pelea y tanto era su brío que no había adversario que se atreviera a propasar la puerta. En eso cayó Francisco Martín con una estocada en el pecho, también los dos pajes y Gómez de Luna. Solo se puso entonces a defender el umbral, desesperando a sus contrincantes que, acobardados, pedían lanzas para matarlo de lejos. No se retrajo por ello el Marqués, antes bien, pretendiendo desanimar a sus enemigos, siguió combatiendo con más intensidad que antes. Tan animoso se mostró, que Juan de Rada entendió que así no lo vencerían nunca y, recurriendo a un ardid traicionero, tomó a uno de los suyos apellidado Narváez y lo empujó hacia Pizarro; el Marqués lo recibió con su espada, pero el peso del cuerpo lo hizo retroceder, aprovechando

entonces los almagristas para penetrar el umbral a la carrera y rodearlo. Pizarro continuó la lucha, ya no atacaba, se defendía. El anillo de asesinos giró con frenesí de odio, luego se cerró con intención de muerte. Cuando el anillo se abrió, el Marqués estaba lleno de heridas, una de ellas en el cuello. Pizarro, caído sobre el brazo derecho, sus ropas estaban manchadas de sangre, ésta le emanaba a borbotones, pero sin mostrar flaqueza ni falta de ánimo, trató de levantarse para seguir luchando. Sin embargo, las fuerzas no le ayudaron y, todavía consciente, se desplomó sobre el piso ensangrentado. Sintiendo las ansias de la muerte, se llevó la mano diestra a la garganta y, mojando sus dedos en la sangre, hizo la cruz con ellos; luego balbuceó el nombre de Cristo e inclinó la cabeza para darle un beso a la cruz... Entonces uno de los asesinos le dio una estocada en el cuello. Pizarro se desplomó pesadamente y quedó quieto en el suelo. Así, mientras los asesinos gritaban: ¡Viva el Rey, muerto el tirano!, y los rezagados fatigados comentaban ¡Cómo era valiente hombre el marqués!, arriba —con el rostro hundido en su sangre guerrera— yacía el Conquistador del Perú.



"Asesinato de Pizarro por los seguidores de Diego de Almagro",
26 de junio de 1541. Grabado del s. XIX



HISTORIAS DE INTRIGAS

DIEGO DE ALAMAGRO (Almagro, 1475-Cuzco, 8 de julio de 1538)

Fue un adelantado y conquistador español. Participó en la conquista de Perú y se le considera oficialmente el descubridor de Chile; fue también el primer europeo en llegar al actual territorio de Bolivia. Nació en la ciudad de Almagro, en la actual provincia de Ciudad Real, siendo hijo ilegítimo de Juan de Montenegro y de Elvira Gutiérrez. Ambos padres se habían dado la promesa de matrimonio, pero terminaron su noviazgo sin realizar este compromiso. Para cuando rompieron, Elvira estaba embarazada de Diego, razón por la que sus familiares la ocultaron hasta que naciese el niño.



Cuando cumplió los 4 años lo enviaron bajo la tutela de un tío suyo llamado Hernán Gutiérrez hasta los 15 años, cuando por causa de la dureza de su tío se fugó de casa. Se dirigió al hogar de su madre, que ahora vivía con su nuevo esposo, para decirle que se iría a recorrer el mundo, pidiéndole algo de pan que le ayudara a vivir en su miseria. Su madre, angustiada, le buscó un pedazo de pan y unas monedas y le dijo: *"Toma, hijo, y no me des más presión, y vete, y ayúdate de Dios en tu aventura"*.

Se fue a Sevilla y, luego de probablemente robar para sobrevivir, pasó a ser criado de don Luis de Polanco, uno de los cuatro alcaldes de los Reyes Católicos y alcalde de aquella ciudad. Mientras desempeñaba esta ocupación, Almagro con su mal humor acuchilló a otro criado por ciertas diferencias, dejándolo con heridas tan graves que motivaron que se promoviera un juicio en su contra.

Siendo buscado por la justicia, Polanco, haciendo uso de su influencia, consiguió que Pedro Arias de Ávila le permitiera embarcar en calidad de colono en una de las naves que saldrían a las Indias desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda. La Casa de Contratación exigía que los hombres que cruzaban a las Indias llevaran sus propias armas, ropas e instrumentos de labranza, los cuales se los proporcionó don Polanco a su criado.

Era Diego de Almagro un hombre de mediana estatura y de facciones hoscas y muy poco favorecido en apariencia física, ya que de pequeño fue afectado de acné y viruelas.

Almagro llegó al Nuevo Mundo el 30 de junio de 1514 en la expedición que Fernando el Católico enviaba al mando de Pedro Arias de Ávila. La expedición desembarcó en la ciudad de Santa María la Antigua del Darién, donde se encontraban muchos otros destacados futuros conquistadores, entre ellos Francisco Pizarro.

Sobre Almagro no se tienen muchas noticias en este período, pero se sabe que acompañó a varios capitanes que salieron de Santa María la Antigua del Darién entre 1514 y 1515.



Aunque se mantuvo principalmente en la ciudad llegando a tener una encomienda, construyéndose una casa y dedicándose a la agricultura. Desarrolló su primera acción conquistadora el 30 de noviembre de 1515, cuando partió de Darién al mando de 260 hombres, para fundar la villa de Acla, ubicada en el lugar del mismo nombre, pero tuvo que desistir de su empresa porque cayó enfermo y debió regresar a Darién, dejando la misión de completar su plan al licenciado Gaspar de Espinosa.

Almagro trabajó por algún tiempo a las órdenes de Vasco Núñez de Balboa, de la ciudad de Acla, quien con los materiales de una expedición de Espinoza quería construir un barco, recortarlo y reconstruirlo luego en el Mar del Sur (el Pacífico). Sin embargo, según los datos obtenidos, no hay indicios de que participara en la expedición de Balboa y es más probable que por su mala salud regresara a Darién.

Pero Espinosa decidió realizar una nueva expedición, partiendo en diciembre con 200 hombres, entre los que sí estaba un ya recuperado Almagro, además de Francisco Pizarro, quien por primera vez tenía el título de capitán. En esta expedición, que duró 14 meses, se encontraron con el padre Hernando de Luque a quien ya conocía anteriormente. Aunque la famosa sociedad entre los tres no estaba aún realizada, ya se demostraban confianza y amistad. Tomó parte en las incursiones, fundaciones y conquistas desarrolladas en el golfo de Panamá, participando nuevamente en una de las expediciones de Espinosa, que se transportaba en dos barcos de Balboa. De Almagro en esta expedición solo se sabe que sirvió como testigo de las listas que hacía levantar Espinosa de cada acontecimiento relacionado con indígenas. Permaneció en la recién fundada ciudad Santa María la Antigua del Darién, ayudando a poblarla. Durante cuatro años no participó de nuevas expediciones, ocupando su tiempo en la administración de sus bienes y los de Pizarro. Nació en esta época su hijo Diego de Almagro el Mozo, que tuvo con una india de la región llamada Ana Martínez. Sólo se sabe que estuvo entre los que fundaron San Pedro de Riobamba, la primera ciudad española en Ecuador. Luego con un poco de poder, mandó al capitán Francisco Pacheco, a fundar y poblar la ciudad de Puerto Viejo, en las inmediaciones de la costa.

Permaneció en la recién fundada ciudad Santa María la Antigua del Darién, ayudando a poblarla. Durante cuatro años no participó de nuevas expediciones, ocupando su tiempo en la administración de sus bienes y los de Pizarro. Allí tienen noticias de un reino situado en el sur, llamado Birú, que era el centro del Imperio inca. Francisco Pizarro propuso el reconocimiento de esas tierras y la conquista de sus riquezas. Sus dos primeras expediciones por esta zona, realizadas entre los años 1524-1525 y 1526-1528, revelaron las sorprendentes riquezas del Imperio incaico en las tierras recién descubiertas. En 1529, tras la firma de la Capitulación de Toledo, la Corona española autorizó a Pizarro la conquista y gobernación de Perú, que pasó a denominarse Nueva Castilla. Reunidos Almagro y Pizarro en 1532, iniciaron desde Cajamarca la conquista del territorio de los incas y, después de ejecutar al soberano Atahualpa, partieron hacia Cuzco. Ocupada esta ciudad en 1533, Almagro marchó a tomar posesión del litoral peruano y fundó la ciudad de Trujillo, superando mediante negociación



las aspiraciones del conquistador Pedro de Alvarado. Para aquella época se formalizó la sociedad entre Almagro, Pizarro y Luque, recibiendo a principios de agosto de 1524 el permiso esperado para descubrir y conquistar por cuenta propia las tierras ubicadas en el sur-este de Panamá, empresa que culminó con la conquista del Imperio inca por parte de Pizarro. Almagro permaneció en Panamá para reclutar hombres y conseguir avituallamiento, mientras Pizarro capturaba al inca Atahualpa en Cajamarca. Los éxitos de Pizarro le movieron a solicitar el permiso real para emprender, por cuenta propia, la conquista de nuevos territorios; aunque le fue denegado, este hecho agrietó las relaciones de amistad con los Pizarro. No obstante, cuando llegó al Perú en 1533, lo hizo con un título de igual importancia que el de Pizarro, lo cual causó fricciones entre ambos. Tras repartirse el tesoro de Atahualpa y ejecutarlo, partieron hacia el Cuzco y tomaron la ciudad. La intromisión de Pedro de Alvarado se resolvió con el pago de una indemnización a este y su retirada, con lo que se evitó un conflicto. En 1534, a través de las capitulaciones del 21 de mayo de ese año, el rey Carlos I lo recompensó con la gobernación de Nueva Toledo, gobernación que comprendía desde el límite de la gobernación de Pizarro y 200 leguas al sur, y el título de "Adelantado en las tierras más allá del lago Titicaca", en los territorios del actual Chile. En 1534 el Adelantado Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y El Salvador, le vendió en la ciudad de Quito su armada de seis naves por cien mil pesos de oro. En junio de 1535 se produjo un acercamiento entre Pizarro y Almagro. Pizarro incentivó a Almagro a realizar nuevos descubrimientos y se realizaron los preparativos en el Cuzco. Almagro inició los preparativos de su expedición a Chile con buenos auspicios. Le llegaron noticias de los incas de que la región al sur del Cuzco estaba poblada de oro, por lo que juntó fácilmente 500 españoles para la expedición, muchos de los cuales lo habían acompañado al Perú. Iban también en la expedición unos 100 negros y unos 10.000 indios yanaconas para el transporte de las armas, ropas, víveres, etc. Las noticias que les llegaban de Chile eran absolutamente falsas, pues los incas planeaban una rebelión contra sus dominadores y deseaban que aquel grupo tan numeroso de españoles se alejara del Perú. Para convencerlos, Almagro le pidió a un alto señor del imperio que les preparara el camino junto a tres soldados españoles, el Inca les entregó el más alto jefe religioso del imperio, el Villac Umu, a su propio hermano llamado Paullu Inca, y su propia compañía. Encomendó a Juan de Saavedra que se adelantase con una columna de cien soldados para que, a la distancia de unas ciento treinta leguas, fundase un pueblo y lo esperase con los alimentos e indios de relevo que pudiera reunir en aquellas comarcas. Almagro salió del Cuzco el 3 de julio de 1535 con 50 hombres y se detuvo en Molina hasta el 20 de ese mes, detenido por el inesperado arresto del inca Manco Cápac II por Juan Pizarro, acción que le trajo problemas. Dejada atrás Molina, Almagro se encaminó por el camino del Inca, con los 50 hombres de que consistía su columna. Recorrieron el área occidental del lago Titicaca, cruzaron el río Desaguadero y se encontró con Saavedra en un poblado llamado Paria, en que logró reunir a 50 españoles más, que pertenecían al grupo del capitán Gabriel de Rojas, y que decidieron abandonar a su jefe y dirigirse a Chile, se reunió



un total de 150 hombres. Permanecieron cerca del lago Aullagas todo agosto, en espera del derretimiento de las nieves de la cordillera de los Andes. Luego se dirigieron a Tupiza, donde se encontraron con Paullu Inca y el Villac-Umu, que tenían recolectado oro de los tributos de la región, y con los tres españoles que los acompañaron. Estos tres españoles, se habían dedicado mientras esperaban a Almagro al pillaje y asaltaron una caravana que supuestamente provenía de Chile con oro, el cual le fue mostrado a Almagro. Esto renovó los bríos de los expedicionarios haciéndoles olvidar los padecimientos de la marcha. Aquí Almagro realizó una nueva pausa de dos meses en la expedición, esperando que viniesen las tropas. Sin embargo le inquietó una nueva noticia; había arribado al Perú el obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, que traía poderes para dirimir el conflicto de límites entre los conquistadores. Los amigos de Almagro le solicitaron que volviese para defender mejor su causa, pero el Adelantado quería ir por la riqueza chilena, por lo que siguió adelante. Otro contratiempo se presentó cuando el Villac-Umu se escapó de la expedición con todos los porteadores y volvió al norte. Pero Almagro y sus hombres siguieron adelante, ya que aún contaban con Paullu Inca. Los españoles tuvieron que tomar porteadores a la fuerza para poder transportar los avituallamientos, esto causó más de un conflicto con los naturales. Almagro guiado por Paullu comenzó a remontar la cordillera de los Andes siguiendo el difícil y escabroso Camino del inca desde El Shincal. Los españoles más, miles de Yanaconas y hombres de color que sumaban en total unos 12.500 hombres comenzaron a transmontar las primeras alturas de la cordillera de los Andes hasta alcanzar alturas superiores a los 4.000m. deteniéndose en los tambos que jalonaban la ruta del sendero del inca. En su avance por la cordillera, los expedicionarios sufrieron muchas penalidades, ya que caminaban agotados por el viento frío y el congelamiento de sus manos y pies, y por la dificultad de transitar en un suelo suelto, lleno de guijarros pequeños, de bordes afilados, que les destruían las suelas de los zapatos y las herraduras a los caballos. El gélido clima de la cordillera mató a gran parte de los indios Yanaconas, que empezaron a dejar en la ruta como un sendero de muerte, pues no tenían la ropa adecuada y andaban a pie desnudo, y a varios de los españoles, cuando se quitaban las botas, se les caían los congelados dedos de los pies. Las penurias aumentaron al internarse por ese paisaje helado, inhóspito y silencioso, llegando incluso a detener el avance por falta de ánimos. El conquistador, preocupado por la suerte de sus hombres, encabezó junto a otros veinte jinetes un grupo de avanzada, que atravesó la cordillera y después de cabalgar tres días enteros, llegaron al valle de Copiapó (en ese entonces Copayapu), y recogieron víveres que le suministraron los indígenas y que envió de inmediato para socorro de sus hombres.





Llegaron solo 2500 sobrevivientes de la travesía de Almagro. Por fin el resto de la columna llegó a Copayapu (Valle del Copiapó) con 240 españoles, 1500 yanaconas, 150 negros y 112 caballos. Entre los negros venía una mujer leal a Almagro llamada Malgarida.

Murieron más del 70% de los que iniciaron la marcha, durante la travesía 10 españoles, 50 caballos y cientos de indígenas amigos o auxiliares debido al poco ropaje que llevaban. Después de la natural recuperación de energías, se dio la orden de reiniciar la marcha hacia el su de Copiapó, sin embargo desertaron una multitud de yanaconas que dejaron prácticamente sin sirvientes a los españoles. Algunos indios rebeldes habían asesinado a tres soldados españoles. Para su escarmiento, Almagro decidió darles un cruel castigo reuniendo a todos los caciques importantes de la región, echándoles en cara su crimen y condenándoles a morir en la hoguera. Durante la realización del castigo le llegaron noticias de los caciques de la región del Aconcagua, que deseaban entablar amistad con los blancos. Eso se debió a un par de españoles autoexiliados y renegados de Pizarro que estaban en la región desde años antes. Se trataba de Gonzalo Calvo de Barrientos y de Antón Cerrada, quienes en realidad fueron los primeros españoles en descubrir



Almagro a su llegada al Valle de Copiapó donde se celebra la primera misa en Chile, óleo de Pedro Subercaseaux (1904)

y pisar territorio chileno. Gonzalo Calvo de Barrientos había sido afrentado por Pizarro - que había mandado que le cortaran las orejas- y para no exhibir su afrenta se internó hacia el sur del valle de Zama, de forma que llegó posteriormente más hacia el sur. Sería el más leal colaborador de Almagro. Durante su marcha a esa región, el Adelantado tuvo noticias de un barco, el San Pedro, que había recalado en la región, (Los Vilos) dirigido por Ruy Díaz y que venía lleno de ropas, armas y víveres para la expedición. Al llegar al río Conchalí, en Los Vilos, se encontró con el otro español ya mencionado llamado Antón Cerrada quien ya había influenciado a los aborígenes a dar una bienvenida pacífica a la columna de Almagro.

Al llegar al valle del Aconcagua los españoles fueron bien recibidos por los naturales, gracias a los consejos que les había entregado Gonzalo Calvo, como se ha dicho, español radicado desde hacía años en Chile. Sin embargo, los naturales fueron influenciados por el indio Felipillo, intérprete de los conquistadores, que les habló de las malas intenciones de estos y les recomendó atacarlos o huir de ellos. Los naturales le hicieron caso, pero no se atrevieron a atacarlos y escaparon durante la noche, al igual que el indio Felipillo y varios yanaconas, que tomaron el camino del norte, pero este último intento no fructificó. Felipillo fue atrapado y descuartizado con caballos frente al curaca de la región como escarmiento.

El territorio que el Adelantado esperaba encontrar lleno de riquezas no cumplía ni sus más mínimas expectativas, lo que le causó una gran desilusión, por lo que decidió enviar una columna de 70 jinetes y 20 infantes dirigida por Gómez de Alvarado para que explorase el



sur del territorio. Cuando la columna llegó al río Itata, tuvo lugar en Reinohuelén el primer enfrentamiento entre los españoles y los mapuches, en el que la superioridad de las armas y la sorpresa causada por los caballos permitió una fácil victoria española frente a indios muy guerreros, que se asustaron al ver el hombre montado a caballo como si fuesen ambos un solo ser. Esto no sería más que una mera escaramuza previa a la futura Guerra de Arauco que iniciaría Pedro de Valdivia muchos años después.



En amarillo lo que tradicionalmente se considera Atacama y en naranja otras áreas desérticas colindantes

Almagro, al sentir la presión de la tropa desengañada por las falsas promesas de riqueza y las desalentadoras noticias de una avanzada que daban cuenta de más tierra fría y pobre, sopesó la situación y decidió no proseguir hacia el sur. Sin oro y mal aconsejado por Gómez de Alvarado y Hernando de Sosa, Almagro solo pensó en regresar al Perú a intentar ganar el Cuzco para su gobernación.

Entre la alternativa de volver a atravesar la cordillera, o dirigirse por el desierto, se decidió por la segunda opción. En un acto de reconocimiento al sacrificio hecho por sus hombres en la expedición, y que no fueron recompensados con el ilusorio oro de esta región, decidió perdonar las deudas que sus soldados habían contraído con él, destruyendo todas las escrituras que los comprometían. El camino por el desierto de Atacama fue tan terrible como la travesía por la

cordillera. Días quemantes y noches heladas, la hostilidad de los indígenas, sin contar con la escasez de agua y alimento. Pero de cualquier forma se consideró mejor que la travesía por los Andes. Salieron en grupos pequeños de no más de 10 hombres haciendo jornadas de 20km cada día. Durante el día se refugiaban bajo la sombra de los tamarugos, en la Pampa del Tamarugal y de noche, caminaban. Para ponerse a cubierto de una sorpresa, ya que el Perú ardía en una rebelión general contra Pizarro, Francisco Noguerol de Ulloa se hizo a la mar y desembarcó en el caserío como protección adelantada de los expedicionarios, permaneciendo 18 días y luego regresando por tierra a Arequipa en febrero de 1537, con la pérdida consignada de un hombre, Francisco de Valdés, que murió ahogado en un río.

Tal fue el estado físico en que llegaron Almagro y sus seguidores que desde entonces se les llamó los "rotos de Chile" (Expresión que se sigue utilizando) a quienes vinieran de esas tierras. Al egresar al Perú, Almagro ocupó la ciudad del Cuzco, en la batalla de Abancay el 12 de julio de 1537, haciendo prisioneros a Hernando y Gonzalo Pizarro, por considerar que pertenecía a su gobernación. Francisco Pizarro negoció con Almagro el destierro de sus hermanos, pero en realidad Pizarro solo buscaba ganar tiempo y de algún modo imponerse ante la voluntad del rey, que decidió que el Cuzco era propiedad de Almagro.

Pizarro, sintiéndose afianzado, lejos de cumplir con el acuerdo, les dio el mando de las tropas a sus hermanos. Almagro se encontraba enfermo en el momento de la traición del acuerdo y dio el mando a Rodrigo Ordóñez, siendo los almagristas derrotados en abril de 1538 en la batalla de las Salinas. En esta misma batalla murió el leal Gonzalo Calvo de Barrientos, el desorejado de Pizarro. Hecho prisionero, Almagro fue avergonzado por Hernando Pizarro y no pudo apelar ante el rey. Almagro, sintiéndose perdido entonces,



suplicó por su vida, a lo cual respondió Hernando Pizarro diciendo *“Sois caballero y tenéis un nombre ilustre; no mostréis flaqueza; me maravillo de que un hombre de vuestro ánimo tema tanto a la muerte. Confesaos, porque vuestra muerte no tiene remedio”*. Fue ejecutado el 8 de julio de ese mismo año en la cárcel por estrangulamiento de torniquete y su cadáver decapitado en la Plaza de Armas del Cuzco.

Malgarida, su fiel sirvienta negra, tomó el cadáver de su amo y, en su condición de benefactor de la orden mercedaria, lo enterró en la Iglesia de la Merced del Cuzco. Su hijo Diego de Almagro el Mozo intentó vengar a su padre, sin embargo, Francisco Pizarro murió en el palacio de Lima en 1541 a manos de Juan de Rada.



En la Iglesia Menor de la Merced se encuentra la tumba casi olvidada de Diego de Almagro

Hernando Pizarro marchó a España a justificar su conducta ante el rey y fue encarcelado por más de 20 años en la fortaleza de Medina del Campo, Gonzalo Pizarro murió decapitado después de sufrir la derrota a manos del licenciado Pedro de la Gasca el 9 de abril de 1548, capitaneado por Pedro de Valdivia en contra del pizarrista Francisco de Carvajal en la Batalla de Jaquijahuana.

El más total descrédito sumió a las tierras de Chile (Chili o Chilli), asociándose su nombre al fracaso, así sería hasta 1540 en que Pedro de Valdivia revisando algunas notas de Almagro, le dio a Chile un gran valor personal y decidió realizar su propia conquista, con el objetivo de dejar su nombre marcado en la historia y poder llegar hasta el Estrecho de Magallanes.



FUNDACIÓN DE SANTIAGO DE CHILE

PEDRO DE VALDIVIA (Villanueva de la Serena, Extremadura, abril de 1497 - Tucapel, Chile, diciembre de 1553)

Puede ser que fuera el más culto de los militares que fueron como conquistadores en estos primeros tiempos. Hijo de hidalgos, militar de carrera y conquistador español de origen extremeño. En 1520 inició su carrera como soldado en la Guerra de las Comunidades de Castilla, y posteriormente militó en el ejército del emperador Carlos V, Su precoz carrera de soldado lo llevo a destacar durante las campañas de Flandes y las Guerras Italianas, en la batalla de Pavía y en el asalto a Roma.

Contrajo matrimonio en Zalamea en 1525, con una noble llamada doña Marina Ortiz de Gaete, natural de Salamanca.

Al cumplir los 40 años, el extremeño Pedro de Valdivia ya poseía una larga hoja al servicios de la corona española.

Valdivia atraído por la aventura y la promesa de riquezas viajó a América, con la expedición de Jerónimo de Ortal, llegando a la isla de Cubagua ese mismo año con el propósito de iniciar la búsqueda del fabuloso El Dorado luego pasó a Venezuela y posteriormente a Perú, donde se unió a Francisco Pizarro en sus campañas contra el Imperio inca. Con su amigo Jerónimo de Alderete, compañero de armas en la Guerra de las Comunidades de Castilla, participó en el descubrimiento y conquista de la provincia de Nueva Andalucía, Venezuela. Fue testigo de la fundación de San Miguel de Neverí en 1535 pero desavenencias con Ortal hicieron que parte de sus expedicionarios le abandonaran buscando otros horizontes más prometedores. Nombrado maestre de campo, Valdivia se puso del lado de Pizarro en la guerra civil que estalló en Perú entre Almagro y Pizarro. En 1538 fue él quien llevó el estandarte real en la batalla de las Salinas, donde fue derrotado Almagro, quien fue ejecutado de inmediato.

Totalmente entregado al servicio del rey, leal a sus jefes y muy respetado por los hombres a los que mandaba, Valdivia tenía a la vez grandes ambiciones, como tantos otros conquistadores de la época.

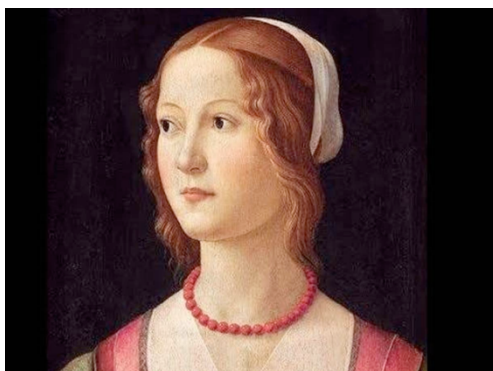


*Pedro de Valdivia con uniforme de Teniente
Gobernador de Chile*

*Óleo de Federico Madrazo 1854.
Biblioteca Nacional de Chile*



Fue justamente la derrota y la muerte de Almagro lo que le dio la oportunidad que andaba buscando. En 1535, Almagro había emprendido una expedición de conquista al sur de Cuzco, a través del inhóspito desierto de Atacama. La historia lo recuerda por ello como el descubridor de Chile, pero lo cierto es que su aventura resultó un fracaso, pues los expedicionarios volvieron diezmados y sin haber hallado el oro que buscaban. Lejos de desanimarse, Valdivia obtuvo de Pizarro la autorización para emprender la conquista de aquel territorio al sur de Perú y recompensado con minas de plata en el Cerro de Porco (Potosí), y tierras en el valle de la Canela (Charcas). Cercana a esta encomienda estaba la parcela asignada a la viuda de un militar, Inés Suárez, con quien estableció un vínculo íntimo,



Doña Inés de Suarez, óleo Anónimo

no obstante estar casado en España. Para el gobernador del Perú la iniciativa supuso algunos beneficios y ningún costo. Valdivia dejó disponibles para otro colaborador los repartimientos de indios y la mina. Además, la autorización no involucró apoyo económico de las cajas reales, pues era costumbre que los conquistadores se financiasen por su cuenta. Cediendo al entusiasmo del Maestre de Campo, le facultó en abril de 1539 para pasar a la conquista de Chile como su teniente de gobernador, aunque *“no me favoreció —escribió más tarde Valdivia—, ni con un tan solo peso de la*

Caja de S. M. ni suyo, y a mi costa e misión hice la gente e gastos que convino para la jornada, y me adeudé por lo poco que hallé prestado, demás de lo que al presente yo tenía”. Pese a su empeño, las dificultades para reunir financiación y soldados estuvieron a punto de frustrar el plan de Valdivia. Los prestamistas juzgaron desmesurado el riesgo a sus capitales, y la gente rehuyó enrolarse en la conquista de la tierra más desacreditada de las Indias, considerada desde la vuelta de Diego de Almagro como miserable y hostil, sin oro, y de clima muy frío.

Al decir de Valdivia en carta al Emperador Carlos V de fecha 4 de septiembre de 1545: *“No había hombre que quisiera venir a esta tierra, y los que más huían de ella eran los que trajo el Adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían de ella; y aún muchas personas que me querían y eran tenidos por cuerdos, no me tuvieron por tal cuando tuve que gastar la hacienda que tenía, en una empresa tan apartada del Perú y donde el Adelantado no había perseverado”*.

Hasta que se dirigió a un conocido y acaudalado comerciante prestamista que obraba como soldado adelantado, Francisco Martínez, que acababa de llegar de España con una provisión de armas, caballos, herrajes y otros artículos muy apreciados en las colonias. Martínez accedió asociarse para contribuir, aportando su capital 9.000 pesos de oro en mercaderías, valoradas por sí mismo, a cambio de la mitad de los beneficios que produjese la empresa, labor que recaía sobre Valdivia. Finalmente logró reunir unos 70.000 pesos castellanos, suma escasa para la envergadura de la iniciativa, pues por entonces un caballo, por ejemplo,



costaba 2.000. En cuanto a soldados, solo 11 se enrolaron en la aventura, más la placentina Inés Suárez, quién vendió sus alhajas y todo lo que tenía para ayudar a los gastos de Valdivia. Iba en calidad de criada de este, para disimular un poco que era en realidad su amante y amiga. Mujer letrada, aguerrida y astuta, había viajado a América para tratar de encontrar a Juan de Málaga su marido y poder también encontrar su libertad. Inés a la que Valdivia hacía pasar por su sirvienta, para evitar los rumores fue un firme apoyo para Valdivia. Cuando ya se disponía a emprender la marcha, llegó a Cuzco el antiguo secretario de Pizarro, Pedro Sánchez de la Hoz, que había vuelto a España luego de hacer fortuna en la conquista temprana del Perú. Regresaba con cédula real otorgada por Rey que le facultaba a explorar las tierras al sur del Estrecho de Magallanes, dándole el título de Gobernador de las tierras que allí descubriese. A instancias y manipulaciones de Pizarro, Valdivia y Sánchez de la Hoz celebraron un contrato de compañía en la que el primero aportaba todo lo reunido al momento, y el segundo se comprometía a aportar cincuenta caballos y doscientas corazas y a equipar dos navíos que al cabo de cuatro meses debían traer a Chile diversas mercaderías para apoyar la expedición. Aquella sociedad mal avenida iba a causar numerosos contratiempos a Valdivia en el futuro, Valdivia no sin razón consideraba a Sánchez de la Hoz como un obstáculo a sus futuras ambiciones patrimoniales.

¿Qué movía a Pedro de Valdivia a emprender un proyecto que casi todos consideraban insensato? Pensaba que las desacreditadas tierras del sur eran apropiadas para establecer una gobernación de carácter agrícola, y creía poder descubrir suficientes riquezas mineras, si bien no tan abundantes como en el Perú, pero suficientes para sostener una provincia de la que él fuese Señor. Porque por encima de todo Valdivia se proponía establecer un nuevo reino que le diese fama y poder. *“Dejar fama y memoria de mí”*, decía. Aunque uno más de los hidalgos aventureros que por entonces venían de España a “hacer la América”, los talentos de Valdivia eran superiores. Bien lo sabía, y estaba convencido que conseguiría renombre en el “tan mal infamado” Chile, pues mientras más difícil la empresa, más fama para el emprendedor. Astuto, infatigable y con gran sentido de la oportunidad, este líder audaz, a menudo imprudente, tuvo la virtud o acaso la genialidad de levantar la mirada por sobre riquezas triviales y ver futuro allá, donde los demás solo veían dificultades.

Desde la sierra cuzqueña bajaron hacia este hasta el valle de Arequipa, siguiendo al sur por la zona cercana a la costa. Pasando por Moquegua y luego Tacna, acamparon en la quebrada de Tarapacá. Durante este trayecto nuevos auxiliares se sumaron a la pequeña hueste, hasta sumar veinte castellanos. De Pedro Sánchez de la Hoz, que debía haberse unido aquí a la expedición aportando las especies comprometidas, no se tenía noticia. El otro socio de la empresa, el capitalista Francisco Martínez, tuvo un grave accidente y debió volverse al Perú. La noticia de la marcha de Valdivia se había difundido por el altiplano, y varios soldados se le unieron en Tarapacá. Entre ellos, algunos que más tarde tendrían rol protagónico en la conquista de Chile como Rodrigo de Araya con dieciséis soldados y también Rodrigo de Quiroga, Juan de Bohón, Juan Jufré, Gerónimo de Alderete, Juan Fernández de Alderete, el



capellán Rodrigo González de Marmolejo, Santiago de Azoca y Francisco de Villagra.

La Expedición de Pedro de Valdivia a Chile ya sumaba 110 españoles.

Partieron entonces para Atacama la Chica siguiendo el Camino del Inca donde hicieron campamentos en Pica, Guatacondo y Quillagua para llegar a Chiu-Chiu. Allí Valdivia se enteró que su camarada de Italia, Francisco de Aguirre se encontraba en Atacama la Grande (San Pedro de Atacama) y salió con algunos jinetes a su encuentro. Esto le salvó



*Retrato de Inés Suárez
Óleo de José Mercedes Ortega - 1897*

providencialmente la vida. En efecto, Pedro Sánchez de la Hoz, que había quedado en el Perú tratando de reunir los refuerzos pactados, solo había conseguido que le cobrasen antiguas deudas. Pero sintiéndose respaldado por la designación real de gobernador, una noche a comienzos de junio de 1540 llegó al campamento de Valdivia en Atacama la Chica junto a Antonio de Ulloa, Juan de Guzmán, y otros dos cómplices. En sigilo se acercaron a la tienda donde suponían encontrar durmiendo a Valdivia, con el propósito de asesinarle y tomar el mando de la expedición. Al entrar en la morada a oscuras, advirtieron que en el lecho no estaba Valdivia sino doña Inés Suárez, quien dio grandes gritos de alarma y reprendió con dureza a Pedro Sánchez, mientras este se disculpaba nerviosamente. Ya despierto el campamento por el alboroto de doña Inés, acudió el alguacil de campo Luis de Toledo con algunos soldados para castigar a los intrusos, pero al ver que se trataba del encumbrado personaje optó por

enviar un mensajero a alertar a Valdivia de la sospechosa conducta de su socio. A su regreso Valdivia con mal disimulado enojo pensó en colgar a Sánchez de la Hoz, aunque finalmente le perdonó la vida a cambio de la renuncia por escrito a todo derecho a su cédula real de expedición y conquista. De los cómplices desterró a tres, pero Antonio de Ulloa se ganó su confianza y fue reincorporado a las huestes. Según Vivar, para entonces la expedición la formaban ciento cincuenta y tres hombres y dos clérigos, 105 caballos y más de un millar de indios de servicio, cuyo lento andar por la carga del bagaje determinaba el ritmo del avance. Al entrar al vasto, seco y temible Desierto de Atacama, ardiente de día y gélido en la noche, Valdivia dividió la expedición en cuatro grupos, que marcharon separados por una jornada, dando así tiempo a que las escasas fuentes de agua, agotadas por un grupo, pudiesen recuperarse mientras llegaba el siguiente. El jefe salió en la última cuadrilla, pero se adelantaba con dos de a caballo, para animar a sus hombres, ya en lo profundo del desierto el aliento del líder se hizo más necesario. De tanto en tanto tropezaban con los restos muertos de hombres y animales, algunos de la expedición de Almagro, aquellos cadáveres confirmaban la fama del país donde la iniciativa de Valdivia los iba metiendo.



Tal vez afligido por el macabro paisaje, Juan Ruiz, uno de los rotos que ya había estado en Chile con Almagro, se arrepintió de la aventura. Decía en secreto a sus compañeros “que aquí no había de comer ni para treinta hombres, y andaba amotinando gente para volverse al Perú!”. Advertido de la sedición por su maestre de campo Pedro Gómez, Valdivia mostró la cara dura de su liderazgo. Ni siquiera permitió confesar al insurrecto y le hizo ahorcar sumariamente por traición, continuando sin más la marcha. El grupo de vanguardia de la expedición, que encabezaba Alonso de Monroy, llevaba herramientas para mejorar los pasos y evitar que los caballos despeñasen. También procuraba profundizar los pequeños pozos que conocían los guías indios.

Sin embargo, cuando llevaban unos dos meses de camino por el desierto más seco del planeta, solo encontraron manantiales agotados, y el ejército creyó perecer en la batalla contra la deshidratación bajo el aplastante sol atacameño. Los hombres iban perdiendo la



esperanza. Pero la mujer no. Cuenta el cronista Mariño que Inés Suárez mandó cavar a un indio yanacona en el sitio que le mostró, y cuando había profundizado no más de un metro, el agua brotó con la abundancia de un arroyo, y todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia, y testificando ser el agua la mejor

agua que han bebido era la del jahuel de doña Inés, que así le quedó por nombre.

Aunque es difícil dar crédito a este prodigio, al menos en los términos milagrosos descritos por el cronista, desde entonces ese lugar llama Aguada de Doña Inés y encuentra sobre una quebrada de nombre Doña Inés Chica, a unos 20 km al noreste de Salar de Pedernales. Pero lo cierto es que al parecer ella no hizo otra cosa que descubrir una vertiente natural.

Durante el viaje se les unieron varias decenas de expedicionarios, entre ellos Pedro Sancho de la Hoz, un rico colono que aspiraba a tomar el mando de la empresa y conspiró repetidamente contra Valdivia, planeando incluso su muerte. Informado de estas intrigas, Valdivia arrestó a Sancho y sus secuaces, y, aunque sopesó ahorcarlos, se los llevó consigo bajo vigilancia.

La oposición entre ambos se mantuvo hasta que en 1548 Sancho tramó una rebelión y un lugarteniente de Valdivia, en ausencia de éste, lo prendió e hizo ejecutar en el acto.

Tras una durísima travesía por el desierto de Atacama, en diciembre de 1540 Valdivia y sus compañeros, unos 150 en total, llegaron al valle del río Mapocho, 2.400 kilómetros al sur de Lima. Al caer al valle del río Laja por el valle de Putaendo, el cacique Michimalongo lo intentó detener con escaramuzas sin éxito. Avanzó luego más al sur, trasponiendo las grandes ciénagas de Lampa y Quilicura, hasta llegar al amplio y fértil valle del río llamado por los



picunches Mapuchoco, río que nace al este en la cordillera de los Andes y desciende bordeando la falda meridional de un cerro llamado Manquehue. Al enfrentar un peñón llamado Huelén en mapudungún “Piedra del dolor”, el cauce se dividía en dos brazos, dejando encerrada entre sus brazos una isla de tierra llana. Cerca de ahí, en la actual localización de la Estación Mapocho, había un tambo (terrazza) inca que partía hacia la Cordillera por el Camino de las Minas, que terminaba en la actual Mina La Disputada de Las Condes, con al menos dos tambos intermedios. Valdivia instaló el campamento en esta isla al oeste del peñón tal vez el 13 de diciembre, día de Santa Lucía. El lugar le pareció adecuado para fundar una nueva ciudad a la que llamaron, en honor al patrono de España, Santiago del Nuevo Extremo, la actual Santiago de Chile.

Los inicios de la nueva fundación no fueron fáciles. Para poder alimentarse, los colonos tuvieron que convertirse en campesinos: *«Todos cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo»*, recordaría Valdivia, lo que no evitó que pasaran hambre.

La causa última de estas estrecheces era la hostilidad de los indígenas de la región, que hicieron desaparecer el ganado y los cultivos para quitar el sustento a los invasores. Además, también se produjeron escaramuzas y ataques.

Cuando Santiago tenía apenas unos meses de vida, los indios picunches la asaltaron y saquearon completamente. *“Mataron 23 caballos y cuatro cristianos, y quemaron toda la ciudad, la comida, la ropa y cuanta hacienda teníamos. Nos quedamos con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a costas traíamos”*. Tras refundar la ciudad, Valdivia ordenó la construcción de una gran basílica en la plaza de Armas en el mismo solar se alza la actual catedral que data del siglo XVIII.

Los españoles, perseverantes, reconstruyeron la ciudad y las casas e iglesia esta vez con sólidos muros de adobe. Cuando los indios volvieron para atacarla, Inés Suárez sin temblar hizo decapitar a siete de los caciques apresados por Valdivia y expuso las cabezas en la plaza, para aterrorizar a los atacantes.

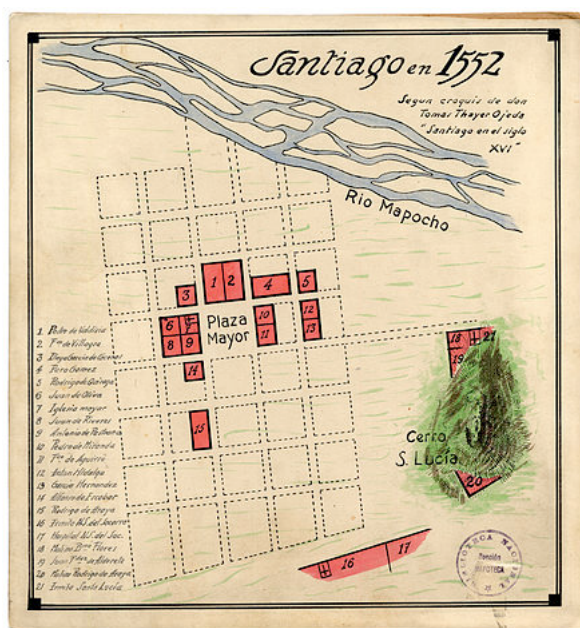
La llegada de víveres y refuerzos desde Cuzco permitió enderezar la situación en Santiago, y Valdivia pudo pensar en proseguir su exploración hacia el sur con el objetivo de alcanzar el estrecho de Magallanes. En 1546 organizó una expedición con 60 jinetes y 150 porteadores indios llegó hasta el golfo de Arauco, 500 kilómetros al sur de Santiago.



La Fundación de Santiago, Óleo de Pedro Lira 1888

Allí fueron atacados por sorpresa por miles de araucanos, según Valdivia que pasaban de 20.000 y que se mostraron especialmente recios y temibles. Aunque pudieron rechazar el ataque, los españoles decidieron retirarse a Santiago.

En 1547, Valdivia hizo un viaje a Perú en el que logró que el Virrey La Gasca lo confirmara como Gobernador y Capitán General de Chile, aunque sus enemigos convencieron éste que le impusiera una dolorosa condición, separarse de su amada Inés Suárez, ya fuera casándola o enviándola de regreso a España. Ésta sin pérdida de tiempo se casó enseguida con otro conquistador.



Mapa del primer trazado urbano de
Archivo del museo Nacional

Flanqueado al norte, sur y este por barreras naturales, el emplazamiento permitía a los conquistadores defender mejor el poblado de cualquier ataque indígena. Por otro lado, la población aborigen era más abundante en el valle del Mapocho que en los valles de más al norte, asegurando a los invasores mano de obra para cultivar la tierra, y sobre todo para explotar las minas que todavía tenían esperanza de descubrir, a pesar de que los naturales las decían escasas. Con todo, parece que no era su intención dar a este asentamiento de armas el carácter de capital del reino.

Como aquí comenzaba ahora su jurisdicción, Valdivia llamó a toda la tierra que hubiese de este valle al sur la Nueva Extremadura en recuerdo de su

suelo natal.

Hizo colocar una cruz de madera en un sitio prominente y a continuación, relata un historiador, *“formóse la tropa ostentando sus uniformes militares y sus relucientes armas y los sacerdotes entonaron el Te Deum, tras lo cual tronó la artillería, redoblaron los tambores y atabales y prorrumpieron los expedicionarios en aclamaciones de alegría. En seguida el conquistador, con la espada desnuda en una mano y el pendón de Castilla en la otra, dio con aire marcial unos cuantos paseos por el sitio y declaró posesionado el valle, en nombre del rey de España, y por ser este el primer territorio habitado de la conquista a él encomendada, ordenó se le denominase Valle de la Posesión”*.

Aún en medio del júbilo general, un detalle de esta ceremonia no pasó inadvertido para algunos. Valdivia debía ocupar el territorio a nombre del gobernador Pizarro, del que era su General, mas lo hizo en nombre del Rey Carlos V, provocando suspicacias en los más tarde se le siguió ante el virrey La Gasca, *“que llegado al valle de Copiapó (Valdivia) tomó posesión de él por S. M., sin llevar provisiones sino de don Francisco Pizarro por su teniente, dándonos a entender que era ya gobernador”*.



El 12 de febrero de 1541, se fundó oficialmente la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo a los pies del Huelén, rebautizado ya como Cerro de Santa Lucía. Trazó la ciudad el alarife Pedro de Gamboa en forma de perfecto damero, dividiendo en manzanas el terreno dentro de la isla fluvial, las que se repartieron a la vez en cuatro solares para los primeros vecinos. Al trazado y formación de la ciudad le siguió en el mes de marzo la creación del primer cabildo, importando el sistema jurídico e institucional español. La asamblea quedó integrada por Francisco de Aguirre y Juan Jufré como alcaldes, Juan Fernández de Alderete, Francisco de Villagra, Martín de Solier y Gerónimo de Alderete como regidores, y Antonio de Pastrana como procurador.

Apenas instalados, llegó a oídos de Valdivia una información de la mayor gravedad, aunque de origen desconocido; se difundió en la colonia que los almagristas habían asesinado en el Perú al gobernador Francisco Pizarro. De ser cierta la noticia, los poderes de teniente gobernador de Valdivia y los repartimientos entregados a los vecinos podían quedar automáticamente extinguidos, al venir otro conquistador del Perú a regir la tierra y distribuirla entre su hueste. Considerando la situación política en Perú, el cabildo resolvió entregar a Valdivia el título de Gobernador y Capitán General Interino en nombre del Rey. Astuto, Valdivia, hasta entonces Teniente de Gobernador de Pizarro rechazó públicamente el cargo inicialmente, para no quedar como traidor ante este por si seguía. Sin embargo, ante la amenaza de los vecinos de entregar a otro el gobierno, Valdivia, que en realidad deseaba ardientemente ser nombrado Gobernador, aceptó el 11 de junio de 1541. Eso sí, dejó constancia escrita que se sometía a la decisión del pueblo contra su voluntad, cediendo solo porque la asamblea le hacía ver que así servía mejor a Dios y al Rey. Sobre este particular, se ha especulado que el mismo Valdivia se las arregló para correr el mismo el rumor sobre la muerte de Pizarro. Sostiene la sospecha la siguiente circunstancia: no obstante ser efectivo que el Gobernador del Perú fue asesinado por los almagristas, el hecho no tuvo lugar sino hasta el 26 de junio de 1541, cuando ya Valdivia había recibido el cargo de Gobernador de Chile del cabildo de Santiago. Además, resulta un tanto extraño que el extremeño se haya negado ya no una, sino tres veces, a aceptar; pues existiendo presunciones sobre la muerte de Pizarro, la solicitud del cabildo resultaba del todo razonable.



Cacique Michimalongo
"Cabeza de antorcha"

El Chile conquistando se creía que era la tierra más pobre del Nuevo Mundo, "donde no había como dar de comer a más de cincuenta vecinos". Pero el principal afán de Valdivia era el hallazgo de oro a su vez un argumento para atraer nuevos contingentes para profundizar la conquista y poblamiento. De encontrarlo justificaría la expedición y mejoraría el ánimo de los 150 aventureros que le acompañaban, algunos ya inquietos. Se daba por contado que el oro no sería tan abundante como en el Perú, pero debía haberlo, por el tributo en el metal que antaño pagaban los naturales chilenos al Inca. Intentando descubrir de dónde salía esa contribución, y para proveerse de alimentos hurtándolo en las siembras de los indios, Valdivia y la mitad de sus hombres salían con frecuencia a reconocer los valles de las inmediaciones, dejando en la aldea como teniente de gobernador a Alonso de Monroy. Una de esas excursiones los llevó al sector

costero del valle de Aconcagua donde les esperaba un belicoso cacique principal,

Michimalongo, el poderoso cacique que allí regía y quien ya tenía la experiencia con la presencia española al haber

Lavaderos de oro en el Estero

Marga-Marga

Durante los 80 años de explotación Inca se calcula que se lavaron unos 200.000 kilos de metal



recibido en buenos términos a Diego de Almagro en 1535, y aún antes, al primer español que pisó territorio chileno, Gonzalo Calvo de Barrientos. Atrincherado en un fuerte con gran número de indios "bien pertrechados para la guerra", el caudillo indígena pretendió aprovechar la salida de los invasores para llevar la lucha a un lugar tácticamente ventajoso para él, y enfrentar primero solo a una fracción de ellos, para luego dar cuenta del resto. Mandó Valdivia a su tropa acometer la fortaleza y prender vivo a Michimalongo, que esperaba le fuese de utilidad. Después de tres horas de combate y la muerte de muchos indios y apenas un español, los castellanos terminaron de arruinar el fuerte, capturando a Michimalongo y otros jefes indios con vida. Empeñado en conseguir la ubicación del oro y mano de obra indígena para extraerlo, trató muy bien a los capturados, quienes aparentemente cedieron a las atenciones y a cambio de su libertad, guiaron a los castellanos a sus lavaderos en las quebradas del estero Marga Marga, muy cerca del lugar de la batalla. Dice el soldado cronista Mariño de Lobera, que al ver la faena los españoles rompieron en expresiones de júbilo: Y como si ya tuvieran el oro en las bolsas, solo pensaban si había tantos costales y alforjas en el reino donde echar tanto, y cómo en breve tiempo irían a España a hacer torres del metal, comenzando desde luego a hacerlas de viento. Los caciques deben haber contemplado con mucho interés la escena, pues inesperadamente aparecía un aliado para la defensa de su suelo: la codicia del invasor. Pedro de Valdivia dispuso que dos soldados con experiencia en explotaciones mineras dirigieran a los más de mil indios de trabajo que



los caciques habían facilitado. Cerca de ahí, donde el río Aconcagua desemboca en las playas de Concón, zona por entonces abundante en bosques, ordenó también construir un bergantín para transportar el oro al Perú, traer suministros y embarcar allá a los españoles que, imaginaba, se enrolarían en la conquista de Chile al constatar la existencia del metal. A cargo de vigilar ambas empresas quedó al capitán Gonzalo de los Ríos, al mando de unos veinticinco soldados. A comienzos de agosto, Valdivia se encontraba supervisando personalmente los trabajos del lavadero y astillero, cuando recibió un mensaje escrito de su teniente en Santiago, Alonso de Monroy, avisando que había claros indicios de una conspiración para asesinarle proveniente de Sánchez de la Hoz y sus afines. Regresó de inmediato a la aldea y se reunió con sus capitanes más leales, mas no había pruebas contundentes contra los sospechosos. La calidad de estos, dos de ellos integrantes del Cabildo, aconsejaba extrema cautela en el proceder. Pero interrumpió estas preocupaciones la noticia de un nuevo y grave acontecimiento, una catástrofe que vendría a desmoronar el ya bien encaminado proyecto de Valdivia: llegó a Santiago una noche, tras enajenado galope, el capitán Gonzalo de los Ríos junto al negro Juan Valiente. Eran los únicos sobrevivientes al desastre: Liderados por los caciques Trajalongo y Chigaimanga, los indios de los lavaderos y el astillero se habían sublevado, sin duda porque de no actuar en ese momento, la venida de más españoles en el buque haría más difícil expulsarlos de su tierra. Atrajeron a los codiciosos soldados con una olla repleta de oro, dándoles muerte en una emboscada y arrasando luego las dos faenas. Salió apurado el Gobernador con algunos jinetes a verificar el estado de las obras, y si era posible retomar los trabajos, pero “llegando al asiento de las minas donde se había hecho la matanza, no tuvo oportunidad de hacer otra cosa más que de llorar el daño que veían sus ojos”. Peor, las informaciones que pudo recoger daban cuenta que los naturales estaban preparando la insurrección general y definitiva. El astillero había sido totalmente destruido además. Cuando Valdivia entraba de vuelta en Santiago su semblante mostraba pesadumbre. Al verlo, uno de los que conspiraba en su contra, un tal Chinchilla, no pudo evitar que su regocijo desbordara y se puso a correr por la plaza dando brincos de alegría con “un pretal de cascabeles”. Supo esto el Gobernador, cuyo humor no debe haber estado ya para delicadezas, y ordenó apresarlo inmediatamente para ser ahorcado. El mismo Valdivia contaba a su Rey más tarde: “Hice allí mi pesquisa (probablemente torturó a Chinchilla) y hallé culpables a muchos, pero por la necesidad en que estaba (de soldados) sólo ahorqué cinco que fueron los cabezas, y disimulé con los demás, y con esto aseguré la gente”. Agrega que los conjurados de Chile estaban de acuerdo con los almagristas del Perú, los que debían matar a Pizarro.

Por su parte, Mariño de Lobera confirma que “los cinco confesaron al momento de su muerte ser verdad que se amotinaban”. Parece que el propósito de los golpistas era regresar al Perú, acaso en el barco y con el oro. Pertenecían al bando de los almagristas, que ahora regía allá, de modo que sus perspectivas eran mucho mejores en ese país que en esta “mala tierra”. Para escarmiento de algún otro impaciente que quisiese rebelarse, o siquiera desertar luego



del desastre del oro y el bergantín, los cadáveres de los desdichados flotaron al viento en las horcas por mucho tiempo, en lo más alto del Santa Lucía, reforzando su mala fama del Peñón del Dolor. Tras este segundo intento de darle muerte, Valdivia no tenía alternativa sino proceder en la forma resuelta como lo hizo. Pero, aunque fortaleció su autoridad en el frente interno, en el externo la situación de los españoles ofrecía a los líderes indígenas una coyuntura inmejorable para intentar expulsarlos de su tierra o exterminarlos definitivamente. Los asesinatos de españoles deben haber parecido a los caciques evidencia que el asalto de Aconcagua había afectado severamente la moral enemiga, al punto que se mataban entre ellos. En contraste, la noticia de la victoria de Trajalongo se propagaba entre las tribus de todos los valles cercanos a Santiago, infundiendo renovado entusiasmo entre los indígenas. Para organizarlos, Michimalongo convocó a una reunión, a la que concurrieron cientos de indios de los valles de Aconcagua, Mapocho y Cachapoal.

Ante la falta de víveres y la amenaza de insurrección inminente, Pedro de Valdivia mandó apresar jefes indios en las inmediaciones de Santiago. Con evidente impaciencia dijo a los siete caciques que se logró capturar, “que diesen luego traza en que, o viniesen todos los indios de paz, o se juntasen todos a hacer la guerra, porque deseaba acabar de una vez con ello con bien o con mal”. Les exigió además que ordenaran traer “bastimento” a la ciudad, y les retuvo hasta que ello sucediera. Pero desde luego no hubo ataque ni los alimentos llegaron; esperaban que los españoles se dividieran. El tiempo transcurría a favor de los indígenas. Supo entonces Valdivia que había dos concentraciones de indios de guerra, una de 5000 a 10.000 lanzas en el valle del Aconcagua encabezada por Michimalongo y su hermano Trajalongo, y otra al sur en el valle del río Cachapoal, tierra de los promaucae, que nunca se habían rendido a los españoles. Decidió entonces partir con noventa soldados, “a dar en la mayor” de esas juntas, la del Cachapoal, “porque rompiendo aquellos, los otros no tuviesen tantas fuerzas”. Allí esperaba también reabastecerse de víveres, pues estaba al tanto que esa tierra “era fértil y abundosa de maíces”. Debe haber pensado que con los caciques del Mapocho de rehenes, inhibía un ataque de los indígenas de ese valle. A los de Aconcagua ya los había derrotado en su propio fuerte, y habrá estimado que podía resistirlos un contingente no muy grande, bien guarecido en el pueblo. Con todo, resulta un tanto difícil entender esta temeraria decisión de Valdivia, que siempre se mostró sensato en sus planes de guerra: en Santiago dejó solo cincuenta infantes y jinetes, un tercio del total, divididos en 32 jinetes y 18 infantes, a cargo de Alonso de Monroy. A estos hay que agregar un contingente de 200 yanaconas. Con su reducida guarnición, el teniente Monroy se preparó lo mejor que pudo para soportar la anunciada embestida. Los yanaconas le informaron que los indios se acercaban divididos en cuatro frentes para atacar la ciudad por cada costado, y repartió entonces sus fuerzas en cuatro escuadrones, uno encabezado por él mismo y los otros al mando de los capitanes Francisco de Villagrán, Francisco de Aguirre, y Juan Jufré. Ordenó a sus hombres que durmieran con ropa de combate y con sus armas a la vista. Dispuso asimismo que asegurasen a los caciques presos, y hacer vigilancia de ronda día y



noche por el perímetro de la ciudad. Mientras tanto, Michimalongo había ya instalado sigilosamente sus fuerzas muy cerca del pueblo. Sus fuerzas sumaban hasta veinte mil lanzas de seguir los datos de Pedro Mariño de Lobeira aunque el jesuita Diego de Rosales, menos dado a la exageración escribió un siglo después que eran seis mil. El domingo 11 de septiembre de 1541, tres horas antes del amanecer, el atronador bramido de guerra de los ejércitos indios de Aconcagua y Mapocho inició el asalto. Venían provistos de un arma sumamente adecuada: fuego, “que traían escondido en ollas, y como las casas eran de madera y paja y las cercas de los solares de carrizo, ardía muy de veras la ciudad por todas sus cuatro partes”. A la alerta de los centinelas habían salido apuradas las cuadrillas de caballería a tratar de lancear en la penumbra a los indios que inflamaban el caserío desde sus parapetos tras los solares. Aunque el ímpetu formidable de las cabalgaduras lograba desbaratarlos, se rehacían rápidamente, protegidos por las flechas. Michimalongo planeó bien su ataque: los arcabuceros, una de las ventajas tácticas de los españoles, poco podían hacer en la oscuridad, y al llegar el alba el fuego dominaba en toda la villa. La luz del día y las llamas mostraron al líder indio que la ciudad ya estaba suficientemente vulnerable y mandó a sus escuadrones de asalto a tomarla. Desde los pedregales de la orilla sur del Mapocho, uno de esos pelotones avanzaba resueltamente hacia el recinto desde donde se escuchaban, por sobre la bulla de la batalla, los gritos de Quilicanta y los caciques presos. Monroy mandó una veintena de soldados a cerrarles el paso. Dice el cronista Jerónimo de Vivar que los rehenes estaban en un cuarto dentro del solar de Valdivia al costado norte de la plaza, puestos en cepo, y que el escuadrón rescatista quería entrar por su patio posterior, probablemente cerca de la actual esquina de las calles Puente y Santo Domingo. Los defensores lograban contenerlos, pero cada vez llegaban más indios de refresco, “que se henchía el patio que era grande”. Inés Suárez, la amante y sirvienta de Valdivia, se encontraba en otra pieza de la misma casa, observando con creciente angustia el avance indígena, mientras curaba heridos. Se dio cuenta de que, si se producía el rescate, la moral engrandecida de los naturales haría más probable su victoria. Perturbada, tomó una espada y se dirigió a la habitación de los presos exigiendo a los guardias Francisco de Rubio y Hernando de la Torre, “que matasen luego a los caciques antes que fuesen socorridos de los suyos. Y diciéndole Hernando de la Torre, más cortado de terror que con bríos para cortar cabezas: *Señora, ¿De qué manera los tengo yo de matar?*” *¡Desta manera!*”, y ella misma los decapitó. Salió enseguida la mujer al patio dónde tenía lugar el combate, y blandiendo la espada ensangrentada en una mano y mostrando la cabeza de un indio en la otra, gritó enfurecida: “¡Afuera, auncaes!, ¡Que ya os he muerto a vuestros señores y caciques!... Y oído por ellos, viendo que su trabajo era en vano, volvieron las espaldas y echaron a huir los que combatían la casa”. Cuentan todas las informaciones posteriores de los españoles, que luego de la matanza de caciques el curso de la batalla giró a su favor. Por ejemplo, Valdivia daba las siguientes razones para entregar a Inés una encomienda en un documento de 1544: “Por cuanto hicisteis que matasen los caciques poniendo vos las manos en ellos, que fue causa

que la mayor parte de los indios se fuesen y dejasen de pelear viendo muertos a sus señores, que es cierto que si no murieran y se soltaran, no quedara español vivo en toda la dicha ciudad. Y después de muertos los caciques salisteis a animar los cristianos que andaban peleando, curando a los heridos y animando a los sanos”. Cuesta creer, sin embargo, que un bravo ejército de ocho mil indios que iba ganando una pelea tan crucial para su destino, haya mermado en ánimo hasta terminar derrotado por aquella circunstancia. Decisivo o no, parece que el brutal acto de Suárez y el liderazgo que luego asumió, mejoró la moral española, al tiempo que el ímpetu de los indios fue decayendo. Y al final de la tarde, sellaba la victoria de los primeros santiaguinos una violenta carga de caballería liderada por Francisco de Aguirre, cuya lanza terminó con “tanta madera como sangre, y con su mano tan cerrada en ella, que cuando quiso abrirla no pudo, ni otro alguno de los que procuraron abrísela, y así fue último remedio aserrar el asta por ambas partes, quedando metida la mano en la empuñadura sin poder desprenderse hasta que con unciones se finalmente se abrió. Con todo, no fue la retirada española la circunstancia más relevante de aquella primera jornada en tierra araucana, sino un hecho en apariencia intrascendente. Entre los araucanos capturados un mozalbete de unos doce años llamó la atención de Valdivia. Fascinado con su inteligencia y vivacidad decidió hacerlo su paje y caballerizo. El pequeño se llamaba Leftrarú,



y era de linaje noble, hijo del cacique Curiñancu. Años más tarde el niño hecho yanacona entraría en la Historia como paradigma de su raza aún indómita, el más grande toqui, Lautaro. Sin embargo, cuando más desesperada era su situación, los mapuches encontraron en el indio Lautaro un líder que les dio durante varios años importantes éxitos. Tenía este apenas veinte años y había pasado gran parte de su vida como paje al servicio de Valdivia tras ser capturado por los españoles, lo que le permitió aprender las técnicas bélicas europeas, incluida la monta de caballos. Hastiado por las brutalidades cometidas sobre su pueblo, Lautaro se escapó y fue elegido por los suyos para rechazar a los invasores. Alonso de Ercilla le describe como: *Industrioso, sabio, presto,/ de gran consejo, término y cordura,/ manso de condición y hermoso jeso,/ ni grande ni pequeño de estatura.*

En 1553, los mapuches destruyeron un fuerte español al sur del Bío-Bío, después de ahuyentar a su guarnición. Valdivia acudió al lugar, Tucapel, al frente de 42 soldados y un contingente de indios yanaconas, con la intención de reconstruir la fortaleza, pero cuando atravesaba un bosque se vio rodeado por miles de mapuches. Lautaro los organizó en varios grupos compactos y los lanzó en oleadas sucesivas sobre los españoles. Sin tiempo para recuperarse entre un asalto y el siguiente, los españoles fueron cediendo hasta ser masacrados totalmente. Tan sólo Valdivia y un fraile fueron capturados con vida. Todos los cronistas aseguran que Valdivia fue ejecutado tras sufrir terribles torturas. Según la que recoge Góngora Marmolejo, los indios llevaron a Valdivia a orillas de un lago, le quitaron la



ropa y con unas cáscaras de almeja le cortaron los músculos de los brazos desde el codo hasta la muñeca, los asaron y se los comieron. Luego lo decapitaron.

Esta es la leyenda pero más probable es que se haya buscado una muerte rápida y digna de un buen guerrero, ya que sólo se comían los corazones de guerreros extraordinarios, y su objetivo era consumir la fuerza de su antiguo dueño, y no un mero acto caníbal.

Su cráneo fue extraído y sirvió como trofeo al ser usado como vasija contenedora de chicha, entre los principales toquis; fue devuelto medio siglo más tarde junto al de Martín Óñez de Loyola a los españoles como prueba de pacificación por el cacique Pelantarú.



EL CRONISTA POETA

ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA (Madrid, agosto de 1533 - Ocaña, Toledo 1594)

Fue un poeta y soldado español, conocido principalmente por ser el autor de "La Araucana", poema épico de exaltación militar en 37 cantos, donde narra los hechos más significativos de la guerra contra los araucanos y que empezó a escribir en campaña. En 1556 llegó a Perú y acompañó a García Hurtado de Mendoza, el recién nombrado gobernador y capitán general de Chile, donde se habían sublevado los araucanos. Estuvo en Chile diecisiete meses, entre 1557-1559 y conoció a don Francisco Pérez de Valenzuela. Participó en las batallas de Lagunillas, Quiapo y Millarapue, siendo testigo de la muerte de Caupolicán, protagonista de su poema. En marzo de 1558 don García fundó la ciudad de Osorno y, cuando se realizaba una fiesta en la nueva ciudad con la participación de todos sus vecinos, salió

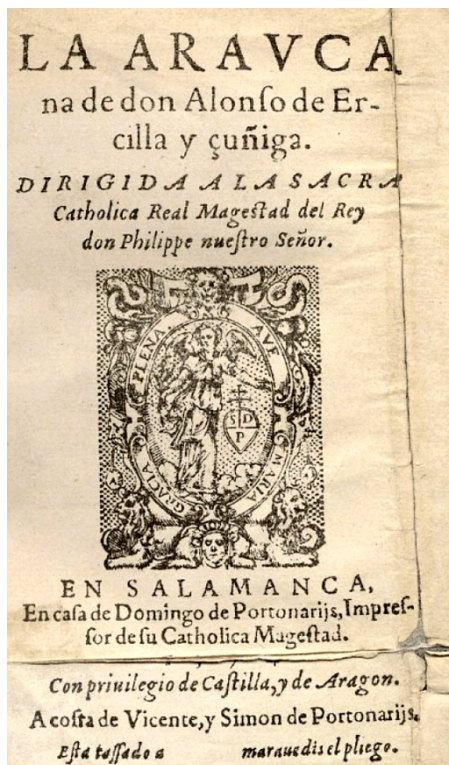


don García por una puerta falsa de su casa cubriendo el rostro con un casco de visera cerrado acompañado de Alonso de Ercilla y Pedro Olmos de Aguilera. De improviso se incorporó Juan de Pineda, quien estaba enemistado con Alonso de Ercilla por rencillas anteriores y en un momento dado ambos sacaron espadas produciéndose un confuso incidente. Don García se percató de la situación y arremetió contra el más exaltado, que era Alonso de Ercilla, y lo derribó con un golpe de maza. Malherido, Alonso de Ercilla corrió a una iglesia y buscó asilo. El gobernador mandó encarcelarlos y degollar a ambos contendientes al día siguiente. La vecindad y muchas personas influyentes, considerando injusta la condena, trataron de persuadir a García Hurtado y Mendoza, pero los preparativos para la ejecución prosiguieron y la esperanza de salvarlos estaba perdida. Entonces dos mujeres, una española y otra india, se acercaron a la casa de don García y se introdujeron por la ventana y por medio de súplicas lograron conmovir el duro corazón del gobernador, quien perdonó la vida a los sentenciados. Alonso de Ercilla siguió preso tres meses más y luego fue desterrado al Perú. Escribiría don Alonso en su épico poema La Araucana respecto de este serio incidente: Ni digo cómo al fin por accidente del mozo capitán acelerado fui sacado injustamente a la plaza a ser públicamente degollado; ni la larga prisión impertinente donde estuve tan sin culpa molestado ni mil otras miserias de otra suerte, de comportar más grave que la muerte Alonso de Ercilla

La Araucana fue considerada por Cervantes como una de las mejores obras épicas en verso castellano que haya producido España y la salva novelísticamente del fuego a que fue sometida la biblioteca de don Quijote.



Marcelino Menéndez Pelayo señaló que "No hay literatura en el mundo que tenga tan noble principio como la de Chile, la cual empieza nada menos que con La Araucana, obra de ingenio español, ciertamente, pero tan ligada con el suelo que su autor pisó como conquistador, y con las gentes que allí venció, admiró y compadeció a un tiempo, que sería grave omisión dejar de saludar de paso la grave figura de Ercilla". Después de residir en Perú, regresó a España en 1562, donde publicó su gran obra (1569), dedicada a Felipe II. Fue nombrado gentilhomme de la corte y caballero de Santiago en la villa de Uclés, tras lo cual participó en diversas acciones diplomáticas. En 1570 se casó con María de Bazán y se instaló en Madrid, donde terminó las partes segunda (1578) y tercera de su poema (1589). Ercilla usa la palabra araucano como gentilicio de la palabra mapudungu "rauко" es decir tierra gredosa. Falleció en Madrid a los 61 años en 1594. Sus restos reposan en el Convento de San José de Ocaña en Toledo.



*Chile, fértil provincia, y señalada
En la región Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa;
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida
Ni a extranjero dominio sometida.*



BIBLIOGRAFIA

- Amunátegui, Miguel Luis: “Descubrimiento y Conquista de Chile”, Biblioteca Chilena
- Encina, Francisco y Castedo, Leopoldo: “Resumen de la historia de Chile” Editorial Zig-zag, 1953
- Ercilla y Zúñiga, Alonso: “La Araucana”, Editorial Aguilar, 1968
- Frías Valenzuela, Francisco: “Manual de Historia de Chile”, Editorial Zig-Zag, (1998, Reedición)
- https://es.wikipedia.org/wiki/Diego_de_Almagro
- <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/a/almagro.htm>
- <https://www.euston96.com/diego-de-almagro/>
- https://www.ecured.cu/Diego_de_Almagro
- <https://www.historiadelnuevomundo.com/biografia-diego-de-almagro/>
- Lavalle Bernard: “Francisco Pizarro, Conquistador” Editorial Templanza
- Mira Esteban: “Francisco Pizarro, Una nueva visión de la conquista del Perú”, Editorial Crítica, 2012
- Prescott Guillermo: “Historia de la Conquista del Perú”, Editorial Compañía general, 1952
- Santa, Elizabeth della: “Historia de los reyes Incas”, Editorial Renacimiento, 2000
- Tribaldos de Toledo: “Memoria chilena, La Frontera Araucana”, Imprenta del Ferrocarril, 1864